

LOW COST LOVE, LOW COST LIFE

Un cliente me grita pero yo pongo buena cara, como si me hubiese llamado guapa.

Me llamo Raisa y soy azafata de vuelo, aunque ahora no vuelo, estoy en tierra.

El cliente continúa gritándome. En la vida hay dos clases de personas, según Yelena, mi compañera de mostrador: los que gritan y los que callan.

Es cierto que si le conviene decir que los hay que ganan y los hay que pierden, lo dice. Si en una comida hay quienes se atracan y quienes apenas prueban bocado, dice que hay dos tipos de hombres, los que se comerían el mundo y los que lo tirarían a la basura aunque fuese una exquisitez. Ante cualquier duda, el resumen, dos extremos sin grises. Cuidado, el café puede ser dulce o poco dulce, con una chispa de azúcar o que no haya perdido del todo su punto amargo, pero siempre será excelente o alquitrán. Si hay algún problema, me hace un guiño y murmura que el cliente es un pelma. Si se acerca un chico elegante y bien plantado, dice que es un ángel.

El cliente hace años que dejó de ser un chico y además me grita. Como se nos empieza a pasar el arroz, los chicos son ángeles o plomos, no tenemos tiempo que perder. Si hay algún problema en el aeropuerto, refunfuña y refunfuña y entonces, con mucho aplomo, se da una palmada en las caderas y dice:

—Hay dos clases de aviones, los nuestros y los de los demás. Los nuestros son los nuestros, claro está, los rusos.

También dice que hay dos clases de aeropuertos, los nuestros y los europeos. Cuando se cuelgan los ordenadores, hay informáticos alemanes y rusos, una cosa u otra, o te los arreglan enseguida o ya puedes empezar a hacer el trabajo a mano...

El cliente se va. Yelena le hace una peineta por detrás y yo la imito.

Hace tres años que trabajamos juntas. Venía del aeropuerto de Minsk, siempre dice que cuando llegó a San Petersburgo dijo que había aeropuertos y que había *aeropuertos*. Antes del de Minsk había trabajado en el de Vitebsk. Hay aeropuertos, aeropuertos malos y aeródromos para avionetas de fumigar donde todavía aterrizan los Tupolev.

A partir de aquí, su filosofía de vida está tan clara como el agua: el blanco o el negro, el bien o el mal, Moscú o San Petersburgo, Europa o Rusia, caro o barato, ricos o pobres...

Antes éramos tres, Yelena, Gala y yo, las tres en el mostrador. Después de seis meses, Gala fue nombrada azafata de vuelo y nosotras nos quedamos en tierra. Sí, es fácil de adivinar, hay dos clases de azafatas, dijo Yelena, las que vuelan y las que caminan, que no son ni media azafata. Nosotras, ahora, llevamos el low cost de tierra. Pronto hará tres años que discutimos el peso de las maletas, repasamos billetes erróneos y atendemos señoras indispuestas que después de hartarse en San Petersburgo tienen que buscar otro vuelo. En nuestros mostradores no hay ni caramelos ni bolígrafos con el sello de la empresa («¡Hay dos clases de compañías, te lo juro, hay dos clases de compañías!»), pero nosotras tenemos de sobra en una cajita que nos regaló un auxiliar de vuelo. Aquí, según Yelena, no es necesario hacer distinguos, todos los auxiliares de vuelo son gays.

Me mira. Lavabo. Me mira de nuevo. Quiere decir que tiene que ir al lavabo, a pesar de la cola. En cuanto salga de detrás del mostrador todo el mundo empezará a decir que a dónde va, que tienen prisa, que los aviones no esperan, etcétera.

—No puedo más.

Yo tenso todos los músculos de la cara y del cuello y esbozo mi mejor sonrisa para parecer la persona más amable del

mundo y desactivar así todas las quejas que pueda. Pero aun así, hay gritos. Los que gritan y los que no gritan, como siempre.

Un pasajero me exige un asiento cerca de la cola. Se ve que los asientos son más seguros, lo ha leído en un estudio. Muy bien, a la cola, al lado del lavabo. Seguro que repite lo mismo cada vez que hace el check-in y que debe de clasificar a las azafatas por las respuestas que le dan. Aburrimiento.

Yelena vuelve antes de lo que creía, se apresura, camina como si hiciese marcha olímpica. Nos prohíben correr por el aeropuerto para no poner nerviosa a la gente, que nadie piense que hay alguna avería o que aquella azafata que corre sale de un avión que tiene un problema grave, o cosas peores... Yelena se sienta y la cola empieza a acortarse otra vez. Hasta dentro de una hora no volveremos a tener gente. Con cuidado que no se note, nos estiramos para desperezarnos.

Tenemos un mostrador pequeño entre la SAS y otras low cost. A partir de la SAS, mostradores de clase alta: Lufthansa, KLM y todas las que dan a sus azafatas uniformes de verdad y no esta arpillera de poliéster que roza por todas partes. A veces soñamos que nos casamos con aquellos chicos tan elegantes que hemos visto pasar hacia los puestos de la British Airways, que deben de ser ingenieros contratados por alguna petrolera o especialistas en gas, propietarios de una casa en Londres y otra aquí, en San Petersburgo, y con una residencia preciosa en Kola, en los campos de petróleo. Tanto frío y nosotros dentro de aquellos barracones que por fuera no son nada pero que por dentro son palacios con sauna, jacuzzi y no sé cuántas cosas más... Y entonces, la anciana que no puede leer correctamente el billete da un golpe en el mostrador y nos devuelve a nuestra vida de low cost.

Nos vamos a las dos. Nos vamos y entran las otras. Las imbeciles. Siempre se quejan de que ponemos las sillas muy altas, o de que hay demasiadas hojas por rellenar, o de alguna etiqueta cambiada para que pierdan el tiempo buscándola. Nos reímos tanto cuando accionamos la palanca que hace pfffff y

que deja el asiento arriba del todo, o después de cambiar el orden de algunos impresos... De algo hay que reírse...

¡Las dos, las dos! ¡Nang, Nang, toca el reloj que imita una campana!

Hoy no volvemos juntas. Se queda a dormir en casa de una amiga porque viene un invitado a nuestro piso. Mi invitado. No lo había dicho todavía, compartimos piso. Las primeras veces que una puede llevar un chico a casa, la otra se va. Además, el horno no está para bollos, ella aún no se ha recuperado de la última ruptura.

—¿Te he dicho que tengo muuucha envidia sana?

—¿Después de la decimocuarta vez? —Me río.

—¿Y te he pedido que no deje pelos en el lavabo ni en la ducha?

—El peludo era el anterior.

—Ah, sí... —Se ríe para provocarme. La mejor manera de conjurar nuestros miedos a quedarnos solas es hacerlos bien visibles.

Su familia vive al sur de Minsk. De hecho, ve más a la mía que a la suya. Mi madre —divorciada permanente, profunda, eterna y un poco resentida— dice que deberíamos casarnos, que eso hoy ya no está mal visto y que entre las dos ganaríamos un sueldo decente. La última vez que nos lo dijo, Yelena le contestó que ella llevaba más tiempo soltera, que podría empezárselo a pensar, que a algunas les gustan los hombres y que a otras les gustan las mujeres... Estábamos cenando y mi madre se atragantó.

Hoy Yelena está nerviosa. Cuando he vuelto, después de cambiarme, me ha mirado y se ha rascado la nariz muy fuerte. Si hace eso es que está muy nerviosa. A mí me pasó lo mismo cuando ella estaba con Max. Supongo que es normal, una amiga que es psicóloga nos dijo que teníamos necesidad de seguridad y que, a fuerza de vivir juntas hemos creado vínculos de dependencia. Vínculos de dependencia, tú compras eso y yo lo otro, tú haces la cena hoy que yo la haré mañana, salgo de casa cuando viene tu novio porque tú harás lo mismo

cuando venga el mío... Eso debe ser, más o menos, los vínculos y toda la pesca que nos soltó a cambio de aquella botella de vodka en forma de diván... Los vínculos de las tres cantando en el balcón, es posible.

Hemos hablado de ello a menudo, que lo mejor sería que las dos encontrásemos novio a la vez, en alguna fiesta, en alguna reunión de trabajo y que, a partir de allí, líneas paralelas. Pero eso, las dos lo sabemos, es casi imposible. Me dice adiós desde la otra parada de autobús, los hay que van en taxi y los hay que tenemos que coger el autobús, el sueldo no da para más. Un día Yelena hizo la broma de pegarse a la ventana, fingió que le caía la baba delante de las azafatas de la United Airlines. Subían a una furgoneta de lujo que hacía las veces de taxi, con una escalera que descendía de la puerta... Teníamos una amiga que, un día que un Lexus casi nos atropella en un paso de cebra, nos dijo que deberíamos estar orgullosas de nuestro país, de tener compatriotas tan ricos, que ella lo estaba, que significaba que el país avanzaba.

¿Qué queréis que os diga...? Hoy, a las cinco, tengo una cita en el Tara Brooch y no es el café que esperaba para la cita que, supongo, será la definitiva. Es decir, la que él, Niko, cree que le dará derecho no solo a cenar conmigo sino a cenarme a mí. Dependerá, como dice Yelena, de los suplementos, que en la vida todo es low cost, al menos para nosotras en San Petersburgo, y las mejoras empiezan por los suplementos, ya que no podemos viajar con nuestra vida en primera clase. Cuando empieza a decir que, excepto Moscú y San Petersburgo, el resto de Rusia no llega ni a low cost es que está deprimida de verdad y que su cabecita ha vuelto al aeródromo de Vitebsk.

Pero ella es así, ¿qué puedo hacer? Yo no estoy deprimida, a pesar de que me hubiese gustado ir al hotel Moscú y no al Tara Brooch, me encantan los bares de los hoteles, pero ahora ya da igual... También me habría gustado que Stepan no hubiese querido romper tan pronto. Se fue a Milán, y en Milán tendrá todas las italianas que desee. Stepan debe causar estragos en Milán... Yo todavía lo quiero un poquitín de nada

y si no hubiese sabido que se acostaba con ellas quizá, los fines de semana, alternos, uno al mes, uno cada dos meses, lo que fuera... Yo habría hecho como si no me enterara... Pero se fue. A Milán, que al lado de todo esto y de los uniformes que hacen bolitas y pican... Yelena y yo mirábamos tiendas de Milán por internet, zapaterías, y después imaginábamos que entrábamos como clientas... Bah, mejor no pensar en ello... De la seda y del cuero a los asientos de madera de este autobús... Oh, Stepan...

La verdad es que no son los asientos de madera del autobús lo que más me preocupa, lo que realmente me irrita –más que preocuparme– es recordar que Niko también quiere una relación low cost, algo que no le comprometa mientras piensa en conseguir aquel trabajo del que tanto habla, en Finlandia, y del que solo tiene referencias por su primo. Si vuelve a decir que Finlandia suena como un sueño me levanto y me voy.

Aún no lo conozco lo suficiente. Ahora ya no trabaja en el aeropuerto, se ha ido a un banco, pero cobra menos, menudo negocio. Sí, ya sé que hacer señales a los aviones no es muy divertido, y que salir a la pista de aterrizaje en invierno y aguantar las corrientes de los motores y todo eso... Y en el banco se está caliente, pero cambiar de trabajo para cobrar menos y que tengamos que acabar en el Tara Brooch... Se cree que me chupo el dedo y que el camino hacia mi cama empieza en Finlandia, que me moriré de ganas de estar con él porque, seguro, seguro, segurísimo, acabaremos los dos trabajando en algún despacho de Nokia. ¡Venga, hombre, venga!

Yelena me envía un mensaje. Ha encontrado un vestidito muy rebajado y me ha comprado un regalo. Que el Tara Brooch todavía es pasable, pero que si después me lleva al Umbrov, que le diga que tengo dolor de cabeza. «Si Umbrov, dolor de cabeza. Sucio. Finlandia no vale la pena. Ja, ja, ja.» Y yo le contesto: «Si Umbrov mal ¿mañana desayunar juntas bien?», y recibo un lacónico «Ok» que cierra la comunicación.

Yo quisiera que todo saliese bien. Sé que seguramente será un fracaso, que el pobre Niko tiene tan poco para ofrecermelo como yo a él. Entonces pienso... Por un lado, el mundo que me rodea no me puede dar nada mejor. Al menos lo que yo conozco de mí o nuestro mundo. No nos ofrece demasiado y nosotros intentamos aprovechar todo lo que podemos. Por otro lado, Niko podría tener aquella chispa que hace que todo sea de otro color, al menos podría abrir alguna ventana en algún ático, cerca de las nubes... Ya empiezo a hablar como una tonta, pero es que me gustaría poder permitirme el lujo de hablar como una tonta. ¿O es que eso, en nuestro low cost vital, está prohibido?

Todo nuestro mundo es de un low cost absoluto. Mamá, a veces, cuando me quejo, dice que es nuestro destino mande quien mande, invariable como la aguja de una brújula, aunque tú gires, la aguja sigue diciendo que las cosas son como son para ti, que no tienes el imán que podría volverla loca y que pondría la vida a tu alcance, o todavía más, a tus pies. En un semáforo que hay en el trayecto hacia el Tara Brooch, el autobús se sacude en el bache de siempre. No lo sorteaba ninguno de los conductores, tampoco el que va hasta el Burg-Burg; primero notas cómo los crujidos del autobús pasan a la rabadilla y desde ahí a todas las vértebras, hasta la nuca.

Ve a Niko en la entrada del Tara Brooch. No es gran cosa, lo sé, pero me miro a mí y sé que yo tampoco lo soy, azafata de tierra de low cost... ¿Qué podría exigirle? La parada del autobús está al doblar la esquina, él todavía no me ha visto y yo podría no presentarme, las plantas que crecen en las macetas que hay en la entrada me protegen, podría dar media vuelta, decir que me han cambiado el turno y dar alguna excusa para que lo nuestro no prospere. Va a un peluquero de barrio y la ropa no es la que se debería llevar en una primera cita... Yo, al menos, me he cambiado. He cargado con la bolsa todo el día, he ido con cuidado para que nada se arrugase; no es mi mejor ropa pero sí mi segunda mejor ropa. Con Stepan llevé dos piezas que me dejó Saskia y nada me parecía lo bastante

bueno, pero, con él es como si me hubiese anticipado a todo lo que se avecina y no fuese vestida como merece la ocasión.

Sería mejor que me volviese a casa, pero tampoco pierdo nada si lo pruebo. Quizá sea un buen chico, mejor de lo que parece. Como si la gente tuviese que pedirme mi parecer sobre qué ropa debe llevar. Excepto Yelena, en mi vida nadie me ha preguntado nada.

Y si empieza a hablar de Finlandia... Bueno, es posible que el aeropuerto de Helsinki sea mejor que este.

Me miro en el cristal del escaparate. Debería haber pedido ropa a Saskia.